

LOS BUSCADORES DE LIBROS

JENNIFER CHAMBLISS BERTMAN

Traducción de Noemí Risco

DESTINO

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Book Scavengers*

© 2015, Texto: Jennifer Chambliss Bertman

© 2016, Traducción: Noemí Risco Mateo

© 2017, Editorial Planeta S.A.- Barcelona, España

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENIL_{M.R.}
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Ilustración de portada: Fernando Vicente

Fotografía de la autora: © Joseph Jestes

Primera edición impresa en España: marzo de 2017

ISBN: 978-84-08-16918-5

Primera edición en formato epub en México: enero de 2019

ISBN: 978-607-07-5470-8

Primera edición impresa en México: enero de 2019

ISBN: 978-607-07-5468-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso en México –*Printed in Mexico*

*A mis padres por aportar los cimientos,
a mi hermano por servirme de inspiración,
a mi marido por creer siempre en mí,
a mi pequeño campeón, por todas las razones.*

¡SALUDOS, BUSCADORES!

Garrison Griswold les da la bienvenida al maravilloso mundo de los Buscadores de Libros. Somos una comunidad de bibliófilos, amantes de los acertijos y cazadores de tesoros. ¿Tú también? ¡Entonces, ven y únete a nosotros!

Aquí tienes las instrucciones para jugar:

Esconde un libro

1. Elige el libro que enviarás a una aventura.
2. Escoge un lugar público para esconder tu libro. Por ejemplo: un parque del barrio, una cafetería, la biblioteca o una parada de autobús. (Por favor, respeta el medio ambiente así como las leyes y normas de la zona en la que escondas tu libro.) Visita nuestra tienda *online* y compra encubrelibros o librodisfraces para ayudar a ocultar tu libro, o créalos tú mismo. También

puedes esconderlo tal cual está; al fin y al cabo, a veces no traer disfraz es el mejor disfraz de todos.

3. Inventa y sube alguna pista. Da a los otros buscadores alguna indicación de cómo encontrar tu libro. Por ejemplo: «La rama más baja del árbol más alto». Para aumentar la dificultad de nivel (¡y la diversión!), muchos usuarios ocultan su pista con una clave o un código, o hacen que su pista sea la solución de un acertijo. Usa la aplicación «Autogenerar» de nuestra página web para conseguir una encriptación digital o toma ideas de la Acertijopedia y créalo tú mismo.
4. Registra el libro que te gustaría esconder. Todos los libros registrados reciben un código de seguimiento único. Coloca la etiqueta de seguimiento en el interior de la tapa de tu libro, descarga esta etiqueta de tu perfil e imprímela. (Puedes imprimirla sobre papel adhesivo o usar una hoja y pegarla con cinta adhesiva al libro.)
5. ¡Esconde el libro! Sigue su viaje a través de la pestaña «Libros escondidos» de tu perfil mientras otros buscadores encuentran, registran y vuelven a esconder tu libro.

Encuentra un libro

1. Elige un libro. Busca libros escondidos cerca de ti. Selecciona qué libro quieres buscar por título, ubicación o selección al azar. ¡Lo que prefieras! Si no, escribe un tí-

- tulo concreto. Si los usuarios han escondido ese libro, verás una lista de las ubicaciones donde está escondido.
2. Descarga la pista del libro. Si marcas el libro antes de haber descargado la pista, ganarás el doble de puntos si encuentras el libro sin utilizar la pista. A esto se le llama declarar un libro. Ve la sección «Puntos» para más información.
 3. Resuelve la pista.
 4. ¡Ve a buscar el libro!

Puntos

Ganas un punto por cada libro que escondes, encuentras o si alguien encuentra uno de tus libros escondidos. Mientras acumulas puntos, irás ascendiendo por los niveles del juego. Cuánto más alto sea tu nivel, más privilegios especiales ganas, como descubrir páginas secretas, resolver acertijos y juegos *online*. También puedes canjear puntos en la tienda de los Buscadores de Libros por suministros para cazar libros, ¡o por más libros, claro!

Para ganar más puntos y añadir un elemento de suspense a la búsqueda, un participante puede declarar un libro. Para hacerlo, debes seleccionar «Declarar un libro» antes de descargar su pista. No puedes declarar un libro que has escondido tú ni tampoco alguno que haya escondido un amigo buscador. Declarar un libro doblará el valor de los puntos. Pero ¡cuidado!, los libros declarados están marcados para

que los vean todos los usuarios y alertan a cualquier sabueso de los libros que en ese momento pueden conseguir doble puntuación. ¡Ahí es donde entra el suspenso! ¿Serás tú el primero en conseguirlo o lo tomará un birlador? Los birladores son aquellos buscadores de libros cuyo objetivo es conseguir libros declarados antes que el buscador original.

Niveles

Enciclopedia Brown. (0-25) Un sabueso joven, inteligente y despabilado. Enciclopedia Brown fue un detective de referencia en su vecindario que ofrecía sus servicios por la tarifa casi regalada de veinticinco centavos al día más gastos. Este es el nivel de entrada para todos los que juegan a los Buscadores de Libros.

Nancy Drew. (26-50) ¡Tu curiosidad y buen ojo para las pistas están haciendo que asciendas en el mundo de los Buscadores de Libros! Nancy Drew es una sabuesa adolescente, lista e ingeniosa, que empezó a resolver misterios en los años treinta y continúa resolviéndolos hasta el día de hoy.

Sam Spade. (51-100) Ahora eres un buscador de libros intrépido. Este detective privado es la creación del hijo literario predilecto de San Francisco, Dashiell Hammett, y apareció en su novela *El halcón maltés*, así como en tres relatos cortos.

Miss Marple. (101-150) La famosa detective de Agatha Christie es más de lo que parece a simple vista, y ahora eres un buscador de libros al que no deberían subestimar.

Monsieur C. Auguste Dupin. (151-200) Eres un profesional de este juego. A menudo se considera a Dupin como el detective original. A su creador, Edgar Allan Poe, se le atribuye el inicio de las novelas policiacas en 1841.

Sherlock Holmes. (201+) El nivel más alto de un buscador de libros. Eres un maestro de los acertijos, la lógica y la deducción.

El último paso, el más importante y el más divertido de todos: ¡LEER el libro! Además de ofrecer juegos de pistas literarios, los Buscadores de Libros proporciona una maravillosa comunidad *online* de grandes lectores de todas las edades. Publica reseñas en tu perfil, únete a conversaciones literarias en el foro y disfruta del ambiente bibliófilo.

¡Estas son las reglas, amigos buscadores! Y no olviden nuestro lema: «La vida es un juego y los libros son las fichas».

Suyo en las páginas y el juego,

Garrison Griswold

*Creador de los Buscadores de Libros y
director ejecutivo de Bayside Press*



Capítulo 1

Garrison Griswold bajaba por la calle Market silbando mientras el cabello cano se movía sobre su cabeza como el ala de una paloma. Iba dando golpecitos con su característico bastón a rayas, con los colores de Bayside Press, siguiendo el ritmo de su melodía. Un taxista redujo la velocidad, tocó el claxon y se inclinó hacia la ventanilla del pasajero.

—¡Señor Griswold! ¿Quiere que lo lleve? Sin costo, amigo.

—Muy amable de su parte, pero estoy bien, gracias —respondió el señor Griswold, y levantó el bastón a modo de saludo.

Prefería viajar en tranvía o en los ferrocarriles del BART, el metro de San Francisco. Al fin y al cabo, eran las venas de la ciudad que amaba.

Una mujer que agarraba firmemente un celular corrió hacia el señor Griswold.

—A mi hijo le encanta los Buscadores de Libros. ¿Le importaría que nos tomáramos una foto?

El señor Griswold consultó su reloj de pulsera. Había tiempo de sobra antes de ir a la biblioteca principal para anunciar la gran noticia. Apoyó una mano en el hombro de la mujer mientras ella sostenía el teléfono estirando el brazo para tomar la fotografía.

—Entonces ¿es verdad? —preguntó—. ¿Está trabajando en otro juego?

Como respuesta, el señor Griswold jaló un cierre imaginario en sus labios y le guiñó un ojo. Continuó su camino por el torrente de peatones, silbando y dando golpecitos con su bastón sobre la banqueta de adoquines, totalmente ajeno a los dos hombres que habían comenzado a seguirlo.

Uno era alto y desgarbado, con unas cejas negras y pobladas que asomaban por la orilla de una gorra de beisbol colocada hacia atrás. Su compañero parecía un bulldog al moverse, como si fuera el pecho el que lo impulsara por la calle en vez de las piernas. Traía las manos metidas en los bolsillos delanteros de su sudadera y no apartaba la mirada de su objetivo.

El señor Griswold bajó a la estación del BART. Cuando se detuvo ante las puertas de acceso para sacar el pase de metro de la cartera, oyó una voz detrás que pronunciaba su nombre. El señor Griswold se dio la vuelta para ver quién lo llamaba. Su sonrisa vaciló. Era temprano por la tarde, después de la hora pico, y había un goteo lento de gente que entraba y salía. Inexistente en aquel instante.

Se ajustó los lentes sin armazón y vio al hombre alto a los ojos.

—Llego tarde a una cita, caballeros.

El señor Griswold movió su bigote entrecano, un tic nervioso. El modo en que el hombre bajo crujía los nudillos y la mirada que le lanzó, que sólo podía calificarse de desdeñosa, lo hicieron ponerse en guardia.

—Tenemos un amigo en común —dijo el hombre alto.

—Sí, un amigo.

El bajo rio con voz ronca.

—Ah, entiendo.

El señor Griswold se dio la vuelta para cruzar la puerta de acceso, pero el alto se puso delante de él y le bloqueó el paso.

—Tengo bastante prisa —dijo el señor Griswold—. Si no les importa, llamen a mi oficina y estaré encantado de hablar con ustedes más adelante.

El señor Griswold extendió el bastón entre los dos hombres para intentar abrirse paso, pero el alto lo agarró firmemente del hombro.

—Queremos el libro —exigió.

El señor Griswold contuvo las ganas de apretarse con fuerza contra el costado su maletín de cuero. Dentro se hallaba una edición especial de *El escarabajo de oro*, de Edgar Allan Poe, que él mismo había impreso usando la encuadernadora y prensa Gutenberg 2004 EX-PRO que guardaba en casa. Tenía planeado hacer cuarenta y nueve más, pero en aquel momento sólo existía el de su maletín. Traía *El escara-*

bajo de oro como apoyo en la presentación del nuevo juego que había desarrollado. Bastaría para dejarle echar un vistazo al público, para darle una pista de en qué consistiría. Pero esos hombres no podían estar hablando de aquel libro. Nadie sabía nada de él aún; nadie en Bayside Press ni nadie de su vida privada.

El señor Griswold usó el puño del saco de su traje para secarse una gota de sudor en la sien.

—Dirijo una editorial, caballeros. Tratamos con cientos de libros. Miles. Tendrán que ser más específicos.

—Ya sabe cuál queremos —dijo el hombre bajo y fornido, que se acercó poniéndose de puntillas como si fuera a mirar de cerca la nariz del señor Griswold. Echó hacia atrás el cuello para ver a su amigo—. Sabe a cuál nos referimos, ¿verdad, Barry?

El alto dio un pisotón en el suelo.

—Dijimos que utilizaríamos nombres falsos, ¿recuerdas?

—Lo que tú digas —contestó el otro—. Este tipo es viejo. Probablemente no oiga bien.

Aprovechando aquel breve conflicto, el señor Griswold balanceó el bastón, golpeó a Barry en la mejilla y después lo empujó para abrirse paso hacia la entrada del nivel inferior.

—¡Ayuda!

Su grito retumbó en la cavernosa estación. Se oyó un estallido bajo, como el estruendo de un trueno a lo lejos. El señor Griswold sintió algo parecido a un puñetazo en la espalda. Dio un traspié, cayó y se golpeó la cabeza contra el suelo de piedra. ¿Le habían disparado? Se esforzó por respi-

rar. Una humedad se extendió por la parte baja de su espalda entumecida y sintió que la cabeza le estallaba en la zona que había chocado contra el suelo.

Barry maldijo y echó a correr hacia él. Se agachó junto al señor Griswold y colocó una palma sobre su frente, como si le comprobara la fiebre.

—¿Qué hiciste, Clyde?

—¿Qué pasó con eso de que «tenemos que usar nombres falsos»? —replicó Clyde.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Barry—. ¿Tienes un arma? ¿Le disparaste? Eso no era parte del plan.

Clyde se encogió de hombros.

—Improvisé.

—¿Y si no trae el libro?

—Por supuesto que lo trae. —Clyde examinó el agujero en el bolsillo de su sudadera, donde había escondido la pistola—. Lo necesita para la rueda de prensa.

Un anuncio automatizado se oyó desde el piso inferior, donde llegaban trenes y autobuses.

—Tenemos que salir de aquí.

Barry deslizó los brazos bajo los del señor Griswold y lo arrastró hacia atrás, a un banco vacío.

Con un suave gruñido, el señor Griswold se desplomó contra la resbaladiza pared de granito que había detrás de él. Pasó de estar sentado a quedar tendido boca abajo, y al deslizarse por la pared dejó una mancha de sangre que marcaba su rastro. Trató de caer sobre su maletín en un intento de mantenerlo alejado de los hombres, pero Clyde se

lo quitó de un jalón y sacó el libro del maletín del señor Griswold.

—*El escarabajo de oro*, de Edgar Allan Poe. —Se lo lanzó a Barry—. Tiene que ser este.

El señor Griswold tenía la visión borrosa y veía a los dos hombres juntos y separados al mismo tiempo. Quería decir algo, detenerlos, pero sólo le salían gemidos.

Barry apenas vio el libro antes de tirarlo a un rincón, donde rebotó en la pared y se deslizó detrás de un bote de basura.

—¡Es un libro nuevo! —gritó.

—Sigue siendo un libro —apuntó Clyde.

—¡Es un editor! Siempre trae libros. Nos dijeron que buscáramos un libro antiguo. Un libro muy muy antiguo.

Un tren del BART entró con gran estruendo en el piso inferior. El murmullo de las personas que bajaban de los vagones llegó al piso de arriba. Los dos hombres corrieron hacia la salida.

Un bullicioso grupo vestido con suéteres negros y naranjas subió por la escalera mecánica. Una de esas personas vio al señor Griswold desplomado en el banco y se acercó a él a toda prisa. Un hombre marcó el 911 en el celular. Una mujer se agachó a su lado y dijo:

—Aguante. Todo saldrá bien.

Aunque Garrison Griswold se hallaba al borde de perder la conciencia, no estaba preocupado por cuándo llegaría la ayuda. Lo que consumía sus pensamientos era la edición de *El escarabajo de oro* metida entre la pared y el bote de basura.

Todo ese trabajo, todos sus planes. Estaba todo preparado, pero sin *El escarabajo de oro* su juego no vería la luz. Su tesoro casi inestimable nunca se descubriría. Esperaba con todas sus fuerzas que la persona adecuada encontrara el libro. Alguien que se tomara el tiempo para entenderlo y apreciara los secretos que guardaba.